

Los caminos azarosos de la democracia. El Paraguay en febrero

Fregosi, Renée

Renée Fregosi: Investigadora francesa. Doctora en Filosofía por la Universidad de La Sorbona. Directora del ISER (Instituto Socialista de Estudios e Investigaciones); presidenta del CECIEC (Centro Europeo para la Cooperación Internacional y los Intercambios Culturales).

En el Paraguay, la ruptura con el Estado liberal es protagonizada por la Revolución Febrerista; más de seis décadas después, el golpe de febrero del 89 rompe con el Estado-Partido militarizado y proyecta la organización del Estado democrático. El consenso democrático se basará en la constitución de la sociedad civil, la cual se derivará de algún modo del proceso de democratización. En tanto en 1936 los sectores sociales se enfrentaban a través de lógicas antidemocráticas, en 1989 el marco democrático permite la emergencia de los antagonismos y, a la vez, su gestión pacífica.

17 de febrero de 1936.

Las unidades del coronel Rafael Franco, héroe de la Guerra del Chaco, expulsan del poder a la oligarquía y ponen término a la Constitución Nacional de 1870. Diversas capas de la sociedad identificaban a ese Estado liberal, que había instaurado una democracia restrictiva, con los intereses latifundistas. El nuevo gobierno militar gozó del apoyo de un movimiento popular que esperaba profundas transformaciones económicas y sociales¹.

Emergentes de una sociedad civil aún en gestación, sin embargo, las dispares fuerzas políticas que se comprometen con el nuevo poder demuestran su incapacidad para proponer un programa común que unifique intereses mal definidos por las capas sociales en juego. Las reivindicaciones entran en conflicto, los diferentes modelos revolucionarios se oponen, las leyes y las reformas se contradicen².

¹A propósito de la ambigüedad del Partido Liberal, cfr. Domingo Rivarola: «Política y sociedad en el Paraguay contemporáneo: el autoritarismo y la democracia» en *Revista Paraguaya de Sociología* No. 73. septiembre-diciembre 88

Ante esta confusión cobra forma una nueva coherencia. La sensibilidad populista que desarrolló especialmente el Partido Colorado, creado en 1871 en oposición al régimen liberal, se reúne con la tradición anarco-sindicalista en su impulso revolucionario antiparlamentaria y alimenta una misma corriente antidemocrática. Por otra parte, la influencia de la ideología fascista europea y el refuerzo del sentimiento nacional frente a las injerencias de los países vecinos tienden, también, a dar una forma autoritaria a las aspiraciones a la justicia social. Por fin, el prestigio del ejército, victorioso en la última y reciente guerra, contribuye a la valoración de las estructuras jerárquicas y centralizadas, y a la identificación del ejército con el pueblo. Una nueva clase de Estado se perfila.

10 de marzo de 1936.

La ley Nro. 152 identifica la «Revolución liberadora de Febrero de 1936» con «el Estado de la República de Paraguay», llama a los ciudadanos a cumplir todos los objetivos de la Revolución «a través de la organización estatal», y prohíbe, en consecuencia, toda actividad de carácter político, sindical y asociativo que «no emane explícitamente del Estado». Se exacerba la lucha entre el movimiento obrero y el capitalismo argentino, entre los sectores fascista y reformista nacionalista, y crecen las tensiones en el interior mismo del ejército. Los latifundistas reafirman sus prerrogativas mediante la paradójica aplicación de la Reforma Agraria, mientras la burguesía industrial ensaya una estocada jugando al tercero excluido. Pero el 13 de agosto de 1937, el sector reaccionario del ejército toma el poder y pone fin a esta caótica tentativa de modernización económica y política.

2-3 de febrero de 1989.

Las tropas del general Andrés Rodríguez, ex delfín del régimen, obligan al dictador Stroessner a renunciar al poder. Desde hace 35 años, el héroe de la represión del levantamiento de 1947 contra la dictadura de Morinigo ha organizado un Estado-Partido militarizado que confiere a su poder una notable longevidad. Purgando periódicamente el Partido Colorado y administrando rigurosamente la represión política, el dictador también se construyó una legitimidad popular real, estructurando la sociedad sobre la modalidad clientelista y prebendaria y asegurando un cierto crecimiento económico fundado, especialmente, en el contrabando.

La estabilidad del régimen, por otra parte, se vio reforzada por el apoyo incondicional de Estados Unidos hasta fines de los años 70. Los años 80, en efecto, asisten a un cambio en la estrategia norteamericana en América Latina. El envejecido dicta-

²Victor-Jacinto Flecha: «Más acá de la utopía burguesa. La pervivencia del Estado oligárquico», BASE-Investigaciones Sociales. Asunción, marzo 90. Expone en particular las contradicciones del movimiento febrerista.

dor paraguayo se convierte en la contraimagen de marca, tanto más cuanto que la recesión económica saca a la luz el subdesarrollo y la desestructuración generalizada del país. Por último, las crisis económica y legitimidad se reflejan en una crisis de sucesión. Evaluando erróneamente el cambio de situación, Stroessner se enfrenta con el ejército al designar a su propio hijo como heredero político³.

El golpe de Estado del general Rodríguez, esa suerte de «revolución de palacio», no deja sin embargo de sorprender. Ajeno a las fuerzas populares que desde hace algunos años estructuran lentamente la sociedad civil a través de luchas valerosas, de una organización creciente y de una reflexión que se despliega en todo el campo social, el nuevo poder militar, sin embargo, se embarca resueltamente en una transición hacia la democracia: libertad de prensa, legalización de los partidos políticos y de los sindicatos, calendario electoral.

1° de mayo de 1989.

El general Rodríguez es elegido Presidente de la República con el 74 por ciento de los sufragios, al cabo de elecciones libres durante las cuales el fraude, ciertamente efectivo, no pudo sin embargo, según distintos observadores, modificar considerablemente los resultados, que grosso modo correspondieron con las encuestas de opinión. Trabajado por contradicciones y divisiones, el Partido Colorado retiene, con todo, la mayoría en el Parlamento; el gobierno está en manos de la fracción colorada ortodoxa; la oposición política se recompone, mientras que el movimiento social refuerza su estructuración. Se prevén elecciones municipales para mayo de 1991, y una Constituyente para algunos meses después; pero las reformas de fondo - redistribución de las tierras, educación, protección social, fiscalidad, administración pública, redefinición del ejército - no encuentran formulaciones precisas y coherentes ni de parte del poder ni de parte de las oposiciones⁴.

Transición sin sociedad civil

En tanto pone en práctica una suerte de «conversión» democrática en el seno mismo del grupo dirigente, la transición paraguaya tiene motivos para asombrar. Incluso algunos formulan la hipótesis de un simple golpe de Estado, un arreglo de cuentas que no pone profundamente en cuestión el régimen. Sin embargo, el proceso de democratización continúa, aunque el marco institucional no se modifique an-

³Para el análisis del peso de la institución militar, cf. Carlos María Lezcano: «El régimen militar de Alfredo Stroessner: fuerzas armadas y política en el Paraguay (1954-1988)» en *Revista Paraguaya de Sociología* Nro. 74, enero-abril 89.

⁴Sobre las perspectivas posteriores al golpe de Estado del 2 y 3 de febrero del 89, cL Benjamín Arditi: «Adiós a Stroessner. Nuevos espacios, viejos problemas », documento de trabajo, CDE, mayo '89.

tes del presente año y el poder actual no exprese crítica alguna contra el régimen anterior.

De los observados en estos últimos años en los distintos países de América Latina, cada proceso de transición hacia la democracia tiene sus características particulares su originalidad. A tal punto que es difícil hablar de «transición clásica» frente a tantas situaciones «atípicas», pues los distintos países tienen historias que les son propias. La especificidad esencial de Paraguay quizá descansa, por un lado, en la contradicción entre la existencia de una suerte de Estado-nación (cuyo componente nacional es sin duda más pregnante que en el caso argentino, por ejemplo) y la debilidad de una burguesía nacional (contrariamente a lo que sucede, por ejemplo, en Chile), y, por otro, en el difícil proceso de constitución de una sociedad civil que se enfrenta con un aparato pseudoestatal aplastante.

Desde la independencia de 1811, y desde los regímenes autoritarios nacional-progresistas que se sucedieron hasta 1865, Paraguay, en efecto, se constituyó como un Estado-nación de una clase muy particular: de guerras criminales (la guerra de la Triple Alianza, de 1865 a 1870, la guerra del Chaco, entre 1932 y 1935) en guerras civiles y golpes de Estado (revolución de 1936, golpe de Estado de agosto de 1937, levantamiento de 1947 contra la dictadura de Morinigo, golpe de Estado de Stroessner en 1954), la conciencia nacional paraguaya se constituye en el dolor, en la represión de una historia demasiado trágica y en la figura mítico-institucional del soldado paraguayo, campesino en armas.

El campesino, en efecto, constituye la matriz de identidad del nacionalismo paraguayo. Referencia ambivalente y paradójica, en la medida en que el campesino representa a la vez la cultura nacional -lengua, tradiciones, estructuras sociales, simbolismo de la tierra- y la figura del oprimido-dado que la industrialización sigue siendo marginal, el proletario no emerge como figura dominante de la explotación⁵.

El ejército en guerra busca sus recursos en la población campesina, riqueza y defensa del país. En tiempos de paz, la integración al ejército es casi la única vía de ascenso social para los campesinos pobres. Socialmente popular, el ejército en el poder encuentra su legitimidad en el campesinado. Así, arraigado en un país profundamente desigualitario, arcaico y traumatizado, el ejército proyecta un modelo de estructura estatal a imagen de su doble identidad campesina militarizada: se

⁵ Benjamín Arditi y José C. Rodríguez: «Mi campesinismo instrumental del nacionalismo y el poder» en *La sociedad a pesar del Estado*, Ed. El Lector, Asunción, 1987.

trata de un Estado nacional-unificador, totalizante-autoritario, jerarquizado-paternalista, pópulo-machista.

La revolución febrerista inauguró esta forma de Estado con vocación totalitaria, tendiente a reemplazar tanto a la sociedad civil como a la sociedad política. Estado-partido que pretende regular los conflictos, esta primera tentativa se hizo pedazos por la heterogeneidad de sus actores y por sus contradicciones internas. El Partido Colorado realizará ese proyecto estatal nacional, antidemocrático y redistribuidor, bajo la modalidad clientelista y prebendaria.

Por un lado independiente del movimiento obrero, ajeno por otro a las aspiraciones democráticas de la naciente burguesía, el coloradismo logró articular las estructuras arcaicas de la oligarquía de la tierra con una gestión patriarcal del Estado, y preservar así los intereses latifundistas, al mismo tiempo que permitía el desarrollo de una burguesía comerciante. A partir de 1947, el coloradismo pudo asumir así una suerte de función «anticapitalista» que, asociada con una reciente corrupción del régimen stroessnerista, organizó y administró el subdesarrollo del país.

Ciudad y mercado

La historia de occidente señala el vínculo complejo que existe entre el nacimiento y el desarrollo de una economía de mercado, por una parte, y por otra la estructuración urbana según una modalidad democratizante. En efecto, las ciudades de la Edad Media se constituyeron en torno de una burguesía mercantil que luchaba por su autonomía administrativa contra los feudales. La comuna, forma embrionaria de una nueva polis, se construyó contra los barones, con el apoyo de un poder real que intentaba instaurar por sí mismo una centralización nacional contra la fragmentación feudal.

La urbanidad es la sede de la auto organización social, económica, administrativa y política de un nuevo pueblo: los burgueses. La urbanidad es a la vez la matriz de una democracia que se reformula progresivamente, de un capitalismo en formación, de un Estado-nación en extensión y de una secularización de la sociedad. Esa secularización se afirma, especialmente, en la competencia entre los establecimientos escolares religiosos y las escuelas comunales que proporcionan a las comunidades urbanas clérigos laicos para la correspondencia, la redacción de actas públicas y la contabilidad. Ante la concepción jerarquizada y clerical de la política se yergue un proyecto alternativo: la «sociedad civil» en formación produce un nuevo actor - el «pueblo» -, tercer Estado que la Iglesia y la nobleza deberán tener en cuenta.

Este pueblo de las ciudades elabora una nueva utopía que reactiva la noción de igualdad. Si es cierto que durante la Edad Media, la igualdad en el seno de la Civitas se reduce al principio necesariamente antiigualitario de la major et sanior pars que está en vigencia en la comunidad eclesiástica, el pensamiento medieval, sin embargo, desarrolla el famoso principio opuesto, el de quod omnes tangit ab omnibus approbari debet⁶.

El pasaje de la ruralidad a la urbanidad como estructuración dominante de un país parece, pues, fundamental, a la vez para el desarrollo económico y democrático en el marco de un Estado-nación en evolución. Los países del Tercer Mundo en los que ese movimiento fue frenado por la explotación imperialista y la gestión dictatorial interna, padecen, por lo tanto, una grave desventaja en su evolución democrática.

Pero si la historia nos brinda los criterios del movimiento democrático, no por eso debe imponemos esquemas rígidos y excluyentes. Aun si en muchos aspectos los países bloqueados en su desarrollo son comparables con sociedades medievales, el contexto contemporáneo proporciona considerables modificaciones de perspectiva. Así, las transferencias tecnológicas, la difusión cultural, la interdependencia económica, el desarrollo del sistema-mundo, permiten sortear el factor tiempo y subsistir los modelos históricos establecidos. Esos elementos de análisis no se consideran importantes: por eso actualmente se expande, en efecto, una tendencia pesimista a negar la posibilidad de una evolución económica y democrática del Tercer Mundo, tanto en América Latina como en los países del Este⁷

Laicidad de lo político

Si nos limitamos, en efecto, a una lectura clásica de la evolución de las clases sociales, según la cual la situación paraguaya muestra la endémica debilidad de su burguesía industrial y su realidad rural arcaica, entonces nos inclinaríamos a dudar del proceso modernizador de democratización en curso. Si el ejército fuera, en efecto, el único elemento unificador susceptible de imponer una hegemonía a una sociedad atrasada y desestructurada, entonces el golpe del 2 y 3 de febrero de 1989 sólo sería la restauración del orden militar que habían perturbado las purgas stro-

⁶Articulación urbanidad-secularización, cf. Henri Pirenne: *Las ciudades en la Edad Media*, P.U.F, 1971 y Jeanine Quillet: *Las claves del poder en la Edad Media*. Flammarion, París, 1972. Articulación Estado-nación-secularización, cf. Marcel Gauchet: *El desencanto del mundo*, Gallimard, París, 1985. Articulación Mercado-Democracia, cf. Karl Polanyi: *La gran transformación*, Gallimard, París, 1983.

⁷ CL, por ejemplo, dos artículos recientes: «Comunismo imposible, democracia improbable», de Pierre Hassner en *Esprit*. febrero 90; «Socialdemocracia irrealizable», de Thomas Amadeo Vasconi en *Nueva Sociedad* No. 107.

essneristas y los caprichos sucesorios del dictador. Y de algún modo el golpe del general Rodríguez reanudaría la tradición de los 60 años anteriores a 1936: golpes de Estado, arreglos de cuentas entre diferentes grupos en el poder.

Frente a las sociedades latinoamericanas comprometidas, después de dictaduras devastadoras, en transiciones hacia la democracia, la reflexión teórica debe encontrar nuevos puntos de referencia. El análisis clasista y economicista clásico tendería a responder negativamente la pregunta acerca de la posibilidad de un desarrollo democrático en América Latina, ya que una «revolución burguesa» parece, a falta de un actor consecuente, por lo general imposible. Y el análisis se agrava habida cuenta de la reducción del margen de maniobra de los Estados nacionales en el contexto de mundialización de la economía: no sólo parece azarosa la consolidación de una burguesía nacional clásica, sino que, además, la constitución de un Estado-Nación democrático sería incapaz de enfrentar la situación de internacionalización del capital. Pero por otra parte han salido de circulación los esquemas revolucionarios tercermundistas, antiimperialistas, que promueven el salto mas allá de la etapa de consolidación burguesa del capitalismo. Si intenta mantenerse en el marco tradicional del marxismo, el pensamiento de izquierda se encuentra pues en un atolladero; atolladero teórico que aquél proyecta en términos de imposibilidad real de evolución democrática de esas sociedades.

Ahora bien, si un proyecto democrático reformador y progresista entra en el campo de lo posible, es precisamente porque hoy han dejado de enfrentarse los modelos revolucionarios y las empresas autoritarias. Para conceptualizar esa nueva posibilidad se trata, por un lado, de volver a las fuentes humanistas y laicas de la democracia, y por otro de inventar una nueva dinámica de integración nacional e internacional, que articule integración económica, social, política y cultural.

En los años 70, y más aun en la década del 80, cuando concluyó la hegemonía comunista en el pensamiento de izquierda, el colapso abrió un vacío trágico que una suerte de socialismo «cristiano» se propone colmar. La lucha contra la pobreza sucede a la lucha de clases; la caridad a la justicia; el derecho a la diferencia reemplaza al derecho a la igualdad de oportunidades; la exaltación de lo pluricultural a la cultura emancipadora; los *mass media* a la filosofía burguesa.

La izquierda se hallaba desarmada frente a los peligros que no tardaron en cobrar fuerza: las constantes avanzadas de los integrismos -musulmanes, judíos, principalmente cristianos-; en el Este, el retorno a la superficie de los pensamientos más reaccionarios; la ofensiva papal en pos de la reconquista de una Europa cristiana; la

emergencia de un tipo nuevo de líderes «apolíticos» que encabezan, especialmente, numerosos países de América Latina; la descomposición de las formas democráticas en occidente mismo.

Luego de varias décadas sometidas a una suerte de «orden» -ciertamente injusto e inmoral-, el mundo se encuentra en una encrucijada: aparecen o resurgen fuerzas nuevas, los viejos equilibrios son cuestionados, las ideologías y las sociedades se recomponen. Mientras las Iglesias y las religiones recuperan el terreno perdido y se reparten disimuladamente el mundo, mientras las fuerzas de derecha reanudan las viejas alianzas con los partidarios de las ortodoxias, la izquierda inaugura su reencontro con la laicidad. Pues a cada despliegue o redespliegue de la ortodoxia responde una nueva definición laica de lo político. Esa figura de variable geometría, que es la democracia, evoluciona del desencanto del mundo al desencanto de lo político, de la laicización a la laicidad. Y la laicidad debe perfeccionar la definición crítica que da de sí misma. Así, la elaboración teórica puede reencontrar hoy los caminos de la lucha política.

En efecto, mientras en América Latina las Ciencias Sociales se articulaban desde hacía años para cuestionar los regímenes dictatoriales establecidos, en Europa se asiste a un «descompromiso» de los intelectuales, al mismo tiempo que su producción se enriquece con aportes nuevos.

El final de los años 60 y 70, en efecto, verán mezclarse a la Filosofía y las Ciencias Humanas en una diversificación de los campos de estudio y, a la vez, en una coherencia eficiente. Arqueologías del saber, microfísicas de los poderes, genealogías de los conceptos, historias de las génesis, filosofías neoindividualistas, pensamientos plurales y antisistemáticos. Se abren campos nuevos de investigación: vida cotidiana, experiencias individuales, sexualidad, lugares de poder, deseo, eficacia simbólicos, permiten el cruce de la Historia, la Filosofía, la Sociología, la Ciencia Política, el Psicoanálisis, la Antropología, la Lingüística, la Literatura, la Música... Se difunden los trabajos de Jacques Lacan y Claude Lévi-Strauss, y nuevas figuras enriquecen el panorama intelectual: Roland Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Pierre Bourdieu... Nuevas perspectivas retornan objetos de estudio más tradicionales: el Estado y la democracia con Claude Lefort, Cornelius Castoriadis, Pierre Clastres, por ejemplo; el Otro y la experiencia moral en el centro de las filosofías de Vladimir Jankélévitch y Emmanuel Levinas; lo real en Clément Rosset, Vincent Descombes o Pierre Klossowski; la religión con Marcel Gauchet; y desde luego la Edad Media con Georges Duby, que prolonga la Escuela de los Anales jun-

to con otros historiadores como Fernand Braudel o Le Roy Ladurie... Pero esas investigaciones permanecían, en su mayoría, alejadas del campo político.

Enfrentada con una derecha reestructurada ideológicamente, la izquierda europea procede otra vez a un abordaje teórico que, bebiendo de fuentes diversas, permite aprehender las nuevas apuestas democráticas mundiales. Cuando la lucha por la democracia se concibe como un largo camino en el que el proceso mismo *se* vuelve el objetivo⁸, y ya no como la «lucha final» por instaurar un orden preconcebido, cuando la democracia parlamentaria ya no se define peyorativamente como «burguesa» y «formal», sino según la modalidad del mal menor y en una perspectiva progresista⁹, las problemáticas culturales y filosóficas recobran sentido. El desarrollo de una cultura pluralista, la emergencia y la consolidación del individuo como elemento -conceptual y real- constitutivo de lo colectivo, el reconocimiento del Otro como tal -es decir, por identificación y diferenciación-, se vuelven cuestiones claves para el análisis prospectivo de los fenómenos de democratización.

En esta perspectiva, la desintegración del consenso democrático y la escalada de los extremismos en Europa, tierra de viejas democracias, pueden ser provechosamente analizadas junto con el esbozo de consenso democrático en los procesos de transición en América Latina. Allí volvemos a encontrar, con grados diversos y en distintos terrenos, las mismas prácticas antidemocráticas: 1. Confiscación del poder por parte de los que saben: expertos, sabios, autoridades morales, técnicos, administradores. Son las figuras de la tecnocracia, hardocracia, politocracia, uocracia, de otras tantas «dedocracias» que restauran la univocidad contra las opciones alternativas. 2. Centralización del poder en manos de los jefes: de clanes, de comunidades religiosas, étnicas o culturales, de grupos económicos. Son las figuras de la jerarquía, de la sumisión, de la desigualdad, que allí, una vez más, reafirman la palabra de verdad contra el libre examen.

Lo individual y lo colectivo

Las características esenciales de esas figuras antidemocráticas descansan en su antipluralismo, en su antiindividualismo, en su subversión de lo colectivo. Rechazando las verdades reveladas, funcionando sobre la igualdad de sus miembros, asunto de todos, la democracia está fundada en el pluralismo puesto en acción por individuos libremente comprometidos en la acción colectiva que atañe al conjunto de la

⁸CL el retorno a teóricos «malditos» como Bernstein: *Los presupuestos del socialismo*, Ed. du Seuil, París, 1974.

⁹Cf. la referencia a la evolución histórica de la Escuela de Frankfurt, particularmente el caso de las figuras de Theodor Adorno y Max Horkheimer.

comunidad regida por las leyes de un país. Las formas de la reconstrucción democrática son diversas, pero proceden siempre de un movimiento de recuperación de la sociedad por parte de la sociedad misma, de una reforma del Estado, que es garante del derecho y no instrumento de opresión y de dominación de una minoría, y del desarrollo de una ideología laica auténtica.

Si la democracia descansa en el consenso, es decir, en la sustitución de la violencia de los enfrentamientos por la pacífica confrontación de los puntos de vista, esto no significa que sea necesariamente la realización del consenso en todos los terrenos. El ejercicio del pluralismo político debe dar lugar a la oposición de proyectos opcionales que encontrarán, eventualmente, síntesis ulteriores. El marco democrático debe ser el lugar de expresión de las diferencias tanto como de las semejanzas. La unidad de la comunidad se expresa por la elección de la forma democrática, en tanto cada individuo se compromete libremente en función de sus intereses propios con la concepción y el apoyo de tal o cual proyecto de sociedad.

Así, por otra parte, se hace posible articular conceptualmente las diferentes realidades de las exclusiones y marginaciones que actúan tanto en Europa como en América Latina. Ya que las amenazas de dualización de las sociedades tienen los mismos tipos de funcionamiento en los países desarrollados y en el Tercer Mundo. El concepto de «cuarto mundo», es decir las poblaciones excluidas de los circuitos económicos, sociales, políticos y culturales dominante en las sociedades industrializadas, es en este sentido absolutamente esclarecedor.

Pues del círculo virtuoso del Estado providencia hemos pasado insensiblemente al círculo vicioso de la democracia consensual, que deja al costado del camino un creciente número de marginados. En ese movimiento de atomización, de grupuscularización, de corpuscularización de la sociedad, los individuos están sometidos a las coherciones de la supervivencia o a la angustia del aislamiento, y eso hace que aniquilen sus especificidades y su responsabilidad propia para asimilarse a un grupo y abrazar su conformismo. La democracia aparece entonces amenazada por los dos extremos: lo colectivo y lo individual. El sentido del interés colectivo cede su lugar a los intereses corporativistas; la libertad individual y el libre examen ceden el suyo a la sumisión al orden dominante del grupo de pertenencia. Frente a los riesgos de enfrentamientos violentos entre los distintos grupos sociales, la búsqueda del consenso lleva, en realidad, a terminar de destruir los viejos antagonismos de clase, y obliga a las diferencias a expresarse por otros canales.

Sin embargo, esos nuevos lazos comunitarios alienantes son ambivalentes, y contribuyen a una recomposición social que puede conducir a una nueva inserción política de los individuos. La cristalización, por el momento, no se hace sino de un modo esporádico y desordenado, pero es posible que nuevas conciencias de clase estén gestándose.¹⁰ En esta fase de elaboración democrática social, institucional, política y conceptual, el medio intelectual es un elemento fundamental de la dinámica integradora. Hacen falta referencias conceptuales para una realidad social en profunda mutación, para capas sociales que están en curso de formación. Ya que el proceso de toma de conciencia y de autorreflexión es parte integrante de la constitución de un grupo social como tal. Las luchas deben representarse, los intereses deben expresarse, la colectividad debe formularse. El concepto es un elemento de lo real, la reflexión es consustancial a la gestión social.

Confusiones y deslizamientos

Asimismo los intelectuales, cuya actividad consiste en la investigación del campo social, participan plenamente y en grados diversos de las mutaciones en curso: los análisis del movimiento social alimentan la concientización y formalización del movimiento mismo; los análisis de esa actividad producen elementos para la toma de conciencia de los intelectuales como grupo social. En Paraguay, los centros de investigación se multiplicaron desde el final de los años 70. Pues la actividad intelectual disimula entonces las carencias representativas de los partidos políticos prohibidos y/o arcaicos. La sociedad civil en formación se refleja en el mundo intelectual antes de encontrar sus referentes simbólicos en la sociedad política, que luego se apoyará sobre sus bases para reconstruirse y recomponerse en términos nuevos. Cuando la evolución democrática permite que los partidos, a su vez, evolucionen, la función intelectual vuelve a asumir un carácter más académico, por un lado, y por otro puede reconvertirse en la esfera de la transmisión del saber y de la formación crítica, tareas de educación y difusión.

A este respecto es absolutamente esclarecedora la comparación entre Chile y Paraguay. En Chile, mientras la vida política se ha renovado, y los partidos redefinidos ponen en práctica una democratización política, social y económica, los centros de investigación viven una crisis de mutación. Los intelectuales vuelven a involucrarse en las estructuras estatales -gobierno, administración, educación-, y los proyectos políticos alternativos hacen vivir el consenso democrático. Paraguay, por su parte, de algún modo está en la fase anterior: crisis de los partidos políticos tradi-

¹⁰Véase el análisis metafórico, en términos de «clases peligrosas» de la juventud de los suburbios, a cargo de Francois Dubet: *La galera, jóvenes sobreviviendo*, Fayard, París, 1978.

cionales, por un lado, y por otro dinamismo del mundo intelectual y prospectivo, multiplicación de lugares de elaboración teórica fuera de un campo institucional que aún es incapaz de integrar esa función.

Pero más probable es entonces la confusión de los roles entre intelectuales y responsables políticos, y los deslizamientos son frecuentes. En este sentido, la importancia del movimiento estudiantil en la historia de Paraguay autoritario es muy significativa. En un país donde las Ciencias Sociales y la Filosofía son -y lógicamente- condenadas por el régimen, el mundo estudiantil es el segmento casi único de la actividad intelectual autóctona. Enfrentados a una sociedad civil apenas esbozada y a una carencia de proyectos políticos, los estudiantes se representan como los actores principales de la transformación social y proyectan la reforma universitaria como paradigma de la emancipación de la sociedad entera. La Universidad, pues, se convierte al mismo tiempo en la vanguardia y en las tropas mismas de la transformación social.¹¹

Así sucedió en Francia en mayo del 68, cuando la sociedad probaba el anzuelo de mutaciones profundas, cuando el mundo intelectual adulto entraba en crisis y la escena política, totalmente recompuesta, no ofrecía actores de izquierda de primera línea. El desfase entre la fuerza del movimiento estudiantil y la victoria electoral de la derecha que la puntuó puso en evidencia las carencias representativas de la izquierda de la época. Pero apenas dos años más tarde, el Partido Socialista acometía su renovación y su irresistible ascenso al poder, ya que las instituciones democráticas reclamaban la emergencia de una alternativa de izquierda.

El mes simbólico

La puesta en práctica de una transición hacia la democracia en Paraguay ha conmocionado todos los datos, y el mundo intelectual abandona su papel de testigo desesperado para involucrarse en la profunda transformación estructural en curso. La instauración de un régimen democrático acelerará ese proceso de estructuración social y político en forma de sociedad civil, contradictoria con la forma militarizada del Estado-nación.

Así, mientras que la Revolución Febrerista rompía con el Estado liberal, el golpe de febrero del 89 inscribe la ruptura con el Estado-Partido militarizado, y acomete la instauración de un Estado democrático. El consenso democrático se fundará en el movimiento de constitución de la sociedad civil, que a su vez se consolidará a tra-

¹¹«Imágenes de identidad e historia de los estudiantes» en B. Arditi y J.c. Dominguez: *op.cit.*

vés del proceso de democratización, en una relación de reciprocidad dinámica. Mientras en el '36 los grupos sociales se enfrentaban a través de lógicas antidemocráticas -revolucionarios bolcheviques y fascistas-, en el '89 el marco democrático permite, a la vez, la emergencia de los antagonismos y su gestión pacífica.

Febrero del '89 aparece pues como la imagen invertida de febrero del '36. Y la referencia mítica a ese mes simbólico, ¿no tendrá precisamente la función de asimilar un cambio profundo de estructura bajo la apariencia de una adecuación imaginaria a los orígenes del Estado-nación? Quizá la utilización del mito fundacional sea necesaria para asumir la marcha de la Historia cuando la memoria traumatizada se aventure a desplegar el pasado, cuando el pueblo mistificado vacila en proyectarse en un porvenir incierto y cuando lo real se reconstituye con prudencia.

En cierto registro, Paraguay debe realizar su pasaje «del mito a la razón»¹². En esta fase delicada siempre son de temer las regresiones. Pero la continuación de las transformaciones sociológicas, institucionales y políticas, garantizará progresivamente al marco una solidez cada vez mayor contra los posibles desbordes del retorno de lo reprimido.

Paraguay está hoy embarcado en los caminos azarosos de la democracia: creación de una sociedad civil, extensión del mercado, reforma del Estado, desarrollo de prácticas y pensamientos pluralistas, instauración de instituciones democráticas, generalización de conductas laicas que secularicen la política y la transformen en el asunto de todos, de cada uno de esos individuos que constituyen, junto con los demás, ese *demos* en permanente evolución. la suerte de la democracia se juega a cada paso en esa vía en la que nunca nada se gana ni se pierde definitivamente, en la que la salida nunca es ineluctable porque el sentido no está previamente dado, sino que se construye y reconstruye día tras día.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 112 Marzo-Abril de 1991, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

¹²Para el marco conceptual general, cf. Jean-Pierre Vernant: «Mito y razón en los Griegos» en Mito y pensamiento en los griegos, Maspero, París, 1974. Para el rol de la forma mítica en la vida política paraguaya cf. Mauricio Schwartzman: «Mito y duelo», BASE-Investigaciones sociales, Asunción, 1989.